

amarguras de la culpa? Solamente el temor de Dios, vuelvo á decir con el Sabio, puede calmar nuestras molestias, suavizar nuestras tristezas, y hacernos hallar una especie de consuelo en conversar con nosotros mismos. *Et erit allocutio cogitationis, & tædii mei.* El es el que nos hace suave el retiro, y agradable la soledad de nuestras casas; el que nos hace gozar un suave consuelo lejos del mundo y de sus diversiones: *Intrans in domum meam, conquiescam cum illa.* Hace que los dias pasen con brevedad, que se ocupen con gusto todos los momentos, y dejandonos mas desocupados, nos deja mucho menos tiempo de molestia que la vida mundana: *Non enim habet amaritudinem conversatio illius, nec tædium convicius illius.*

¡Gran Dios! ¡Quánto honor hace el mundo á vuestro servicio! ¡Qué grande elogio del destino de los justos es la suerte de los pecadores! ¡Cómo sabeis, ó Dios mio, sacar vuestra gloria y alabanza de vuestros mismos enemigos! y qué pocas excusas dejais á las almas que se apartan de Vos, pues haceis que sus mismos delitos sirvan de remedios que los atraigan á la virtud, y os valeis de sus miserias para llamarlos á vuestras eternas misericordias. Amen.

SERMON  
PARA EL JUEVES  
DE LA SEMANA  
DE PASION.

LA PECADORA DEL EVANGELIO.

*Et ecce mulier, que erat in Civitate peccatrix, ut cognovit quod Jesus accubisset in domo Pharisæi, attulit alabastrum unguenti, & stans retro secus pedes ejus, lachrymis cœpit rigare pedes ejus, & capillis capitis sui tergebat, & osculabatur pedes ejus, & unguento ungebat.*

Al mismo tiempo una muger de la Ciudad, que era de mala vida, habiendo sabido que Jesu-Christo estaba comiendo en casa de un Fariseo, llevó allá un vaso de alabastro, lleno de un aceyte oloroso, y poniendose detrás de él llorando, empezó á bañar sus pies con sus lagrimas, los enjugaba con sus cabellos, y los besaba, derramando sobre ellos el perfume. *Luc. 7. v. 47.*

**P**OR unas lagrimas tan abundantes, por una confesion tan sincera, por un ministerio de tanto amor, y por unas acciones tan nuevas y tan humildes se conoce facilmente el dominio que sobre esta pecadora habian tenido las pasiones, y el prodigio, que en ella acaba de obrar la gracia. Mucho tiempo habia que la Palestina la miraba como verguenza y escandalo de

de la Ciudad: *Mulier in civitate peccatrix*; y hoy la vé la casa del Fariseo como triunfo de la gracia, y modelo de penitencia: *Lachrymis cepit rigare pedes ejus*. ¡Oh qué mutacion, y qué espectáculo!

Esta alma, atada poco antes con las mas infames é indisolubles cadenas, nada halla que la detenga, y corre sin dilacion á buscar á los pies de Jesu-Christo su salud y libertad: Esta alma, sepultada hasta entonces en los sentidos, y que solamente habia vivido para los deleytes, sacrifica en un instante los mas vivos encantos, y los mas tiernos amores. Esta alma finalmente, que hasta entonces no habia podido sufrir yugo alguno, y cuyo corazon nunca habia conocido mas regla que el desorden de sus inclinaciones, empieza su penitencia por las acciones mas humildes, y por las mas tristes sumisiones. ¡Qué admirables son, ¡oh Dios mio! las obras de vuestra gracia! ¿Qué cerca tiene su remedio la mas desesperada miseria, quando llega á ser objeto de vuestras infinitas misericordias! ¿Qué cortos y qué rapidos son los caminos por donde llevais á vuestros escogidos!

¿Pero de qué proviene, católicos, que unos exemplos tan grandes hagan en nosotros tan debil impresion? Proviene de dos preocupaciones, que aunque son muy opuestas en la apariencia, nacen de un mismo principio, y guian á un mismo error.

La primera; porque nos figuramos que la conversion del corazon que Dios nos pide no consiste mas que en cesar en los delitos, en apartarnos de ciertos desordenes excesivos, quando para que nos abstengamos de ellos basta el respeto humano solamente; y como la edad, las nuevas circunstancias, ó el tiempo solamente, que ha mudado nuestras inclinaciones, nos ha puesto en este estado, no pasamos mas adelante; creemos que ya todo está concluido, y oímos la historia de las mas celebres conversiones que nos propone la Iglesia, como unas lecciones que no se dirigen á nosotros.

La

La segunda vá á dar en otro extremo; nos figuramos la penitencia christiana como un estado funesto, y por la desconfianza que produce en la humana flaqueza parece una vida sin gusto, sin consuelo, llena de mil obligaciones insufribles para el corazon; y acobardados con el engaño de esta triste imagen, nos mueven muy poco los exemplos de conversion, porque siempre nos hallan desanimados.

La conversion pues, de nuestra pecadora confunde estas dos preocupaciones tan peligrosas para la salvacion. Primeramente, su penitencia no solo pone fin á sus desordenes, sino que tambien los expia y repara. En segundo lugar, aunque es verdad que su penitencia empieza por sus lagrimas y su dolor, causa tambien en ella nuevos placeres; con su penitencia restituye á Jesu-Christo quanto le habia quitado con sus desordenes, y en esto consiste su satisfaccion; pero con Jesu-Christo halla en su penitencia la paz y los consuelos que nunca habia gozado en sus extravíos, y en esto consisten sus placeres; la satisfaccion que dá, y los consuelos que recibe en su penitencia son toda la historia de su conversion, y el asunto de este discurso. Imploramos, &c. *Ave Maria*.

## PRIMERA PARTE.

EL oficio de la penitencia, dice San Agustín, es restablecer el buen orden en todas aquellas cosas en que el pecador habia vivido desordenado. Si no es universal es falsa, porque el buen orden solamente resulta de la perfecta subordinacion de todos los deseos, y de todos los movimientos que se levantan en nuestros corazones; es necesario que cada cosa se halle en su lugar para restablecer aquella divina harmonía que habia turbado el pecado; y mientras se halla alguna cosa desordenada es en vano el trabajar para reparar lo restante; levantais un edi-

edificio mal dispuesto, que siempre se arruina por algun lado, y en el que todo es confusion y desorden.

Esta es la importante instruccion que hoy nos dá aquella feliz pecadora, cuya conversion nos propone el Evangelio. Su pecado incluía en sí muchos desordenes: Primeramente, el uso injusto de su corazon, el que siempre habia tenido ocupado en las criaturas: En segundo lugar, un abuso culpable de todos los dones de la naturaleza, los que habia convertido en instrumentos de sus pasiones: En tercer lugar; una indigna sujecion de sus sentidos, los que siempre habia hecho servir á la liviandad, y á la ignominia; y finalmente, un universal escandalo en la publicidad de sus culpas: pero su penitencia repara todos estos desordenes; y así todo se la perdona, porque no omite diligencia alguna en su arrepentimiento.

Digo primeramente; el injusto uso de su corazon. Sí, católicos, todo amor que no tiene mas objeto que la criatura, infama á nuestro corazon. Es un engaño el amar por sí mismo á lo que no puede hacernos felices ni perfectos, y por consiguiente no nos puede dejar tranquilos; porque el amar es buscar nuestra felicidad en lo que amamos, es querer hallar en el objeto amado todo lo que falta á nuestro corazon, y es llamarle en socorro de aquel fatal vacío que sentimos dentro de nosotros mismos, pensando que él será capaz de llenarle; es mirarle como alivio de nuestras necesidades, como remedio de todos nuestros males, y autor de todos nuestros bienes; y como solamente en Dios podemos hallar todas estas utilidades, es desorden y vileza de nuestro corazon el buscarlas en la criatura.

Y en la realidad nosotros mismos conocemos bien la injusticia de este amor. Por mas excesivo que sea, presto descubrimos en las criaturas que nos le inspiran unos defectos y unas flaquezas que las hacen indignas de él; presto conocemos que son injustas, volubles, falsas, vanas, é inconstantes: Quanto mas las examinamos, mas

nos

nos decimos á nosotros mismos que estaba engañado nuestro corazon, y que no era esto lo que buscaba; nuestra razon se avergüenza interiormente de la flaqueza de nuestras inclinaciones; sufrimos con pesar nuestras cadenas, y nuestra pasion viene á ser nuestra molestia y suplicio; pero aunque nos hallamos castigados con nuestro error, no por eso nos desengañamos; buscamos en la variedad el remedio de nuestra ilusion; andamos vagando de objeto en objeto, y si por ultimo nos fijamos en alguno, no es porque nos hallemos contentos con nuestra eleccion, sino por estar cansados de nuestra inconstancia.

Nuestra pecadora habia seguido el desorden de estos caminos; los injustos amores habian sido la causa de todas sus desgracias y delitos; y aunque habia nacido para amar á solo Dios, Dios era el unico objeto á quien nunca habia amado. Pero apenas le conoció, dice el Evangelio, *ut cognovit*, quando avergonzandose de la indignidad de sus primeras pasiones, no halla otro objeto fuera de él que sea digno de su corazon; todo la parece vacío, falso, y molesto en las criaturas; lejos de hallar en ellas aquellos antiguos encantos de que tanto trabajo habia costado á su corazon el libertarse, no vé en ellas mas que su nada, su peligro, y su vanidad; solamente el Señor la parece bueno, verdadero, fiel, constante en sus promesas, amable en sus disposiciones, magnifico en sus dones, real en su amor, benigno aún en su ira; solamente capaz de llenar toda la inmensidad de nuestro corazon, solamente poderoso para satisfacer todos nuestros deseos, solamente generoso para suavizar todas nuestras penas, solo inmortal y digno de ser amado eternamente, y el unico de quien nunca nos podremos arrepentir de haber amado, sino por haber empezado tarde á amarle: *Dilexit multum*: Primera satisfaccion de su penitencia: su amor.

Y así, católicos, el amor es el que hace verdaderos penitentes; porque la penitencia no es otra cosa mas que

Tomo VL

V

la

la mudanza del corazon; y el corazon solamente se muda mudando de amor. La penitencia no consiste mas que en restablecerse en el hombre el buen orden; y el hombre solamente se halla bien ordenado, quando ama al Señor para quien fue hecho; la penitencia no es mas que una reconciliacion con Dios, pero esta reconciliacion será fingida siempre que no le entregueis el corazon; en una palabra, la penitencia alcanza la remision de los pecados, y estos solamente se perdonan á proporcion de nuestro amor. *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.*

Y asi no nos digais, católicos, quando os proponemos estos grandes exemplares, para animaros á que los sigais, que no os parece que habeis nacido para ser Santos, y que teneis un corazon al que repugna todo lo que es virtud. ¿Es posible, amados oyentes míos, que no ha de haber sido hecho vuestro corazon para amar á su Dios? ¿No ha de haber sido hecho para el Criador que os le dió? ¿Puede el deseo de vuestro corazon ser mas que una inclinacion natural al autor de su sér? ¿Es posible que habeis de haber nacido solamente para la vanidad y la mentira? ¿No habeis de haber recibido un corazon tan grande, tan elevado, y al que no puede satisfacer cosa alguna de la tierra, sino para amar unos placeres que os cansan, unas criaturas que os engañan, unos honores que os importunan, y un mundo que os molesta y desagrada; y solamente Dios para quien fuisteis criados, y que es el autor de quanto sois, nada ha de hallar para sí en vuestro corazon? ¿Qué injustos sois para con vosotros mismos! No os conoceis, y asi juzgais que vuestros desordenes son vuestra natural inclinacion.

A la verdad, si no hubierais nacido para la virtud, ¿qué triste enigma sería vuestra suerte! ¿Pues para qué habeis nacido? Sois un abismo de confusion entre los hombres: ¿Acaso solamente habeis nacido para estar llenos de remordimientos y tristes inquietudes? ¿Os ha-

bia

bia de haber sacado de la nada el autor de nuestro sér, solamente para que fueseis infelices? ¿Solamente os habia de haber dado el corazon para buscar una felicidad que huye de vosotros, ó que verdaderamente no existe, ó para que seais molestos á vosotros mismos?

¡Oh hombre! abre los ojos, y examina el destino de tu corazon, y confesarás que esas pasiones, que tan grande repugnancia ponen en tí para la virtud, te son extrañas, y que no es ese el estado natural de tu corazon; que el autor de la naturaleza y de la gracia te ha formado un destino mas feliz; que naciste para el buen orden, para la rectitud, y para la inocencia; que has abusado de un natural feliz, entregandole á unas pasiones injustas, y que si no naciste para la virtud, no sabemos para qué, y te haces incomprehensible aún á tí mismo.

Pero por otra parte, os engañais en mirar como inclinaciones irreconciliables con la virtud aquella ansia por los placeres que nace con nosotros. Esta misma ansia será una disposicion favorable para la salvacion, luego que la gracia la haya santificado. Quanto mas viva inclinacion tengais al mundo y á sus falsos deleytes, mas tendreis despues al Señor y á los bienes verdaderos; quanto mas amorosos y afables seais para las criaturas, mas facilidad y disposicion hallará la gracia en vuestros corazones; quanto mas soberbios, mas altivos, y mas ambiciosos hayais nacido, mas noblemente, y con menos temor servireis al Señor, sin respetos ni ruindades; quanto mas faciles, ligeros, é inconstantes seais, mas facil os será desprenderos de vuestras conexiones culpables, y convertiros á vuestro Dios. Finalmente, si es lícito decirlo asi, vuestras mismas pasiones os servirán de facilidades para vuestra penitencia; todo quanto sirvió de ocasion para perderos, hará la gracia que sirva de medio para salvaros: Vereis que el haber recibido un corazon tierno, fiel y generoso, es haber nacido para la virtud, y que un corazon á quien han podido mover las criaturas, ofrece grandes disposiciones á la gracia.

Leed las historias que nos han quedado de los justos, y vereis que los que al principio se dejaron arrastrar de sus insensatas pasiones, que habian nacido con unos talentos propios para el mundo, con las mas vivas inclinaciones á los deleytes, y mas distantes de la virtud, han sido en los que mayores maravillas ha obrado la gracia. Y sin hablar de la pecadora de nuestro Evangelio, los Agustinos, las Pelagias, las Fabiolas, aquellas almas mundanas y distraídas, tan vivas en sus desordenes, tan poco á proposito, al parecer, para la virtud, ¿qué progresos no hicieron despues en los caminos de Dios? ¿Qué otra cosa hallaron en sus primeras inclinaciones, sino los atractivos, por decirlo así, para su penitencia? Quando el Señor quiere mudar el corazon, lo mismo que servia de principio á las pasiones, sirve tambien para las grandes virtudes. ¡Dios mio! Vos nos hicisteis para vos, y nuestras mismas flaquezas, en el orden incomprehensible de vuestra Providencia, y de vuestras misericordias para con los hombres, han de servir para nuestra santificacion eterna: De este modo reparó nuestra pecadora el mal uso que hasta entonces habia hecho de su corazon.

Pero en segundo lugar; el amor que tuvo á Jesu-Christo no fue uno de aquellos afectos vanos y ociosos, que mas son inquietudes naturales de un corazon facil de enternecerse, que impresiones de la gracia, y que no producen mas efecto que hacer que vivamos satisfechos de nosotros mismos, y persuadirnos que nuestro corazon está mudado: Estos mismos movimientos no prueban la verdad del amor, este solamente se prueba con los sacrificios.

Asi como el segundo desorden de su pecado fue el culpable y casi universal abuso que habia hecho de todas las criaturas, la segunda satisfaccion de su penitencia consiste en el riguroso desprecio de todas aquellas cosas de que habia abusado en el tiempo de sus desordenes. Sus cabellos, sus perfumes, los dotes del cuerpo, y de la naturaleza habian sido los instrumentos de sus placeres,  
pues

pues nadie ignora el mal uso que nos obliga á hacer de todos estos dotes una deplorable pasion, y por aqui mismo empieza su penitencia; abandona los perfumes, y aún los consagra á un santo ministerio: *Et unguento ungebat.* Desprecia sus cabellos, y solo se sirve de ellos para enjugar los pies de su libertador: *Et capillis capitis sui tergebat:* Olvida los cuidados del cuerpo y de la hermosura, y se apagan sus ojos á fuerza de llorar: *Et lachrymis cepit rigare pedes ejus.* Estos son los primeros sacrificios de su amor. No se contenta con abandonar unos cuidados manifestamente pecaminosos, sino que tambien abandona aquellos que pudieran pasar por inocentes, y se persuade á que debe castigar el abuso que de ellos ha hecho, privandose de la libertad que aún pudiera tener de usar de ellos.

A la verdad, quando el pecador abusa de las criaturas, pierde el derecho que á ellas tenia; debe privarse de todas aquellas cosas que son permitidas á una alma inocente, por el mal uso que de ellas ha hecho; el pecado nos hace como anathemas para todas las criaturas que nos rodean, y que el Señor habia destinado para nuestro uso; y así hay algunas reglas para el alma infiel, que no están hechas para todos los demás hombres; el alma infiel no está comprendida en el derecho comun, por decirlo así, y nunca debe juzgar de sus obligaciones por las maximas generales, sino por las excepciones personales que la pertenecen.

Supuesto pues este principio, continuamente nos estais preguntando, ¿si es culpa grave usar de tal artificio en el adorno del cuerpo? ¿si están prohibidas ciertas diversiones públicas? No quiero que mi decision sea general para todos los hombres; pero os pregunto á vosotros, los que aún defendeis el partido de la inocencia, ¿os habeis valido algunas veces de esos cuidados, de esos placeres, y de esos artificios para fomento de las injustas pasiones? ¿No los habeis empleado algunas veces en corrom-

romper los corazones, ó en mantener la corrupcion del vuestro? Acaso vuestra vida no habrá sido mas que un enlace fatal de pasiones y miserias; acaso habeis abusado de todas las cosas que os rodean, y os habeis servido de ellas como de instrumentos de vuestros desarreglados deseos; acaso habeis ordenado todas las cosas á esa infeliz inclinacion de vuestro corazon; vuestras intenciones siempre se han estendido aún mas allá de vuestras desgracias; vuestra vista nunca ha sido sencilla ni inocente, ni quisierais que respecto de vosotros lo fuese la de los demás; todos los cuidados que habeis tenido de vuestro cuerpo han sido otros tantos delitos; y quando se trata de convertirnos á Dios, y de reparar una vida llena de corrupcion, y de un total abandono, ¿quereis disputar á su Magestad unas vanidades, de que siempre habeis hecho un uso tan indigno? ¿Quereis defender la inocencia de mil abusos que estarian prohibidos para vosotros, aún quando fueran permitidos á los demás hombres? Entrais en disputas siempre que se os quieren prohibir las pompas pecaminosas del mundo; quando los mas inocentes placeres, si es que hay algunos, os están ya prohibidos, y quando no debierais usar de mas adornos que la ceniza y el cilicio? ¿Cómo podreis justificar unos cuidados que son vuestra interior confusion, y que tantas veces os han hecho avergonzar en el sagrado Tribunal de la penitencia? ¿Debiera haber tanta necesidad de discursos y disputas en un asunto en que para convenceros bastaria vuestra verguenza?

Por otra parte, la santa tristeza de la penitencia mira siempre con horror lo que una vez ha sido para nosotros motivo de ruina; el alma arrepentida no examina si puede usar de ello inocentemente; bastala el saber que mil veces ha servido de escollo á su inocencia. Todo lo que ha sido motivo de sus desgracias, la es tan odioso como sus desgracias mismas; detesta como á sus mismas pasiones todo aquello que las ha servido de fomento;

tie-

tiene por pecaminoso todo lo que ha sido favorable á sus culpas; aún quando se la quisieran permitir todas estas cosas atendiendo á su flaqueza, su zelo y su compuncion se pondrian de parte de la justicia de Dios contra la condescendencia de los hombres. No podria resolverse á permitirse unos abusos, que la harian á la memoria sus pasados desordenes; siempre temeria que los mismos pasos resucitasen en ella las primeras disposiciones, y que su corazon ocupado en los mismos cuidados, volviese á ser el mismo; la sola imagen de sus pasadas infidelidades la turba y asusta, y en vez de querer mantener en sí todavía las tristes reliquias, quisiera poder apartarse aún de aquellos lugares, y privarse de aquellas ocupaciones que la acuerdan su memoria; y á la verdad, ¿qué penitencia puede ser aquella que aún nos deja amar lo que ha sido motivo de nuestros mayores delitos? ¿El que acaba de libertarse del naufragio, ¿podrá nunca huir suficientemente de los escollos en que poco antes habia perecido?

Finalmente; la verdadera penitencia nos hace hallar en todas partes materia para mil sacrificios invisibles. Así como la sensualidad halla en todas las cosas motivo para mil injustas complacencias, la penitencia no se contenta con las mortificaciones indispensables y precisas, sino que quanto lisongea á sus pasiones, quanto sirve de sustento á la vida de los sentidos, y todas las superfluidades que solamente se ordenan á satisfacer al amor propio, todo esto la sirve de motivo para sus sacrificios, y en todas partes, como espada aguda y dolorosa, hace divisiones y separaciones amargas para el corazon, y corta hasta lo vivo todo lo que aún estaba algo unido á la corrupcion de nuestras inclinaciones. La gracia de la compuncion lleva desde luego á este punto á una alma arrepentida; la hace ingeniosa para castigarse á sí misma, y de tal modo, que todo la sirve para expiacion de sus delitos; las obligaciones, los cumplimientos, los honores,

las

las prosperidades, y las molestias de su estado se mudan para ella en ocasion de merito; y aún sus mismos placeres son para ella actos de virtud, por la fé y circunspeccion con que los acompaña.

Este es el divino secreto de la penitencia; acá en la tierra hace para el alma pecadora, como dice Tertuliano, las funciones de la justicia de Dios; y como esta divina justicia ha de castigar algun dia las culpas, privando al pecador eternamente de todas las criaturas de que él habia abusado, la penitencia previene este terrible juicio, imponiendose una rigurosa privacion de todas las cosas; y si la miserable condicion de la vida humana la precisa á usar de las cosas presentes, mas es para castigar que para alhagar los sentidos, por la sobriedad y rigor con que usa de ellas.

Fundados en este principio habeis de averiguar siempre la verdad de vuestra penitencia; en vano os parece haber salido de los desordenes de las mas abominables pasiones; si siempre necesitais del mismo fausto para contentar aquella natural inclinacion que gusta de señalarse con una vana magnificencia; si usais de las mismas profusiones, por no tener valor para quitar al amor propio las superfluidades de que siempre habeis usado; si os aprovechais de los mismos encantos del mundo, por no poder pasaros sin él; de las mismas proporciones de la fortuna, por querer siempre aventajaros á los demás; en una palabra, si no podeis desprenderos ni separaros de nada, aún quando todas las aficiones que aún conservais no sean delitos manifiestos, vuestro corazon no es penitente; aunque parezcan diversas vuestras costumbres, vuestras inclinaciones son las mismas; parece que estais mudados, pero no estais convertidos. ¡Oh qué raros son, católicos, los verdaderos penitentes! ¡Quántas conversiones vemos vanas y superficiales, y quántas almas mudadas á la vista del mundo se hallarán las mismas algun dia en la presencia de Dios!

Pe-

Pero no basta desprenderse de los atractivos de la culpa, es necesario tambien añadir las penosas satisfacciones con que se expian sus manchas. Por eso, en tercer lugar, la pecadora del Evangelio no se contenta con sacrificar sus perfumes y sus cabellos á Jesu-Christo, sino que se postra á sus pies, los baña con un torrente de lágrimas, los enjuga y los besa; y como el tercer desorden de su pecado habia sido la vergonzosa servidumbre de sus sentidos, empieza á reparar aquellas pecaminosas sensualidades con la humildad y el disgusto de estos tristes ministerios.

Nueva instruccion; no basta quitar á las pasiones el cebo que las irrita, es necesario que los actos penosos de las virtudes, que la son mas contrarios, las repriman insensiblemente, y las vayan reduciendo á la obligacion y á la regla; si gustais del juego, de los placeres, de las diversiones, y de todas aquellas cosas de que se compone la vida mundana, no basta el separar de estas diversiones los excesos pecaminosos que en ellas puede haber: Si quereis que muera en vuestros corazones el amor del mundo, es necesario que la oracion, el retiro, el silencio, y las obras de misericordia sucedan á esas costumbres distraidas, y no debeis contentaros con huir de los deleytes del mundo, sino que tambien debeis huir del mismo mundo; Si habeis fortificado el imperio de las pasiones y de la carne, abandonando á las ignominiosas pasiones, es preciso que los ayunos, las asperezas, las vigiliias, y el yugo de la mortificacion apague poco á poco esas llamas impuras, refrene esas inclinaciones que se han puesto indomitas con el largo uso de la liviandad, y no solamente os separe de la culpa, sino que arranque, por decirlo así, su raiz de vuestro corazon, porque si omitis estas precauciones, volvereis á ser infelices; aquellas antiguas amistades de que os habeis separado, sin haberlas abandonado absolutamente, ni desarraigado de

Tomo VI.

X

vues-

vuestrós corazones con la mortificación , aumentarán vuestras pasiones , y las harán mas violentas y furiosas , por haberlas detenido y suspendido , sin haberlas combatido y debilitado ; os harán padecer unas inquietudes y unas borrascas que nunca habiais experimentado aún en la culpa ; cada instante os vereis á pique de naufragar ; no gozareis de paz en esta nueva vida ; os hallareis mas débiles , mas inquietos , mas deseosos de los deleytes , mas dispuestos á caer , y mas disgustados de Dios con esta penitencia imperfecta , de lo que estabais antes en el mismo desorden ; todo os servirá de escollo ; sereis para vosotros mismos una continua tentación ; os admirareis de hallaros con mas repugnancia que antes á las obligaciones. Y como es difícil mantenerse mucho tiempo solo contra sí mismo , os disgustareis presto de una virtud que tanto os cuesta : y por no haber querido ser mas que un penitente tranquilo y sin fervor , sereis unos penitentes infelices , sin consuelo , sin paz , y por consiguiente sin perseverancia. El multiplicar y aumentar los sacrificios en la virtud , es abreviar las penas ; todo lo que se concede á las pasiones , mas es inquietud y disgusto , que alivio de nuestra penitencia.

Finalmente , el ultimo desorden de que estuvo acompañado el pecado de la muger de nuestro Evangelio fue un escandalo público en su modo de vida ; el escandalo de la ley , que se hallaba deshonrada en el espíritu de los Romanos , y de otros muchos Gentiles que habia en Palestina , y que siendo testigos de los desordenes de nuestra pecadora , sin duda tomaban de ellos ocasion para blasfemar el nombre del Señor , despreciar su santa ley , confirmarse en sus impías supersticiones , y tener la esperanza de Israel , y las maravillas de Dios , que se refieren en los libros santos , por ficciones inventadas para entretenir á un pueblo credulo.

Escandalo de lugar ; sus desordenes habian sido públicos y ruidosos en el pueblo ; esto es , en la ciudad prin-

principal , desde donde la fama de semejantes sucesos se esparcia muy presto por toda Judéa.

Pues ved , Señores , como repara estos escandalos con su penitencia : El escandalo de la ley ; renunciando las tradiciones supersticiosas de los Fariseos , que habian alterado los preceptos , y confesando á Jesu-Christo , que era el fin y el cumplimiento de la misma ley. Porque muchas veces despues que hemos deshonrado la religion en el espíritu de los impíos con nuestros excesos y escandalos , la deshonramos tambien con nuestra virtud : Nos proponemos un método de devoción absolutamente mundano , superficial , y Farisayco ; nos hacemos supersticiosos , sin hacernos penitentes ; reemplazamos los abusos del mundo con los abusos de la devoción ; no reparamos el escandalo de nuestros desordenes , sino con el de una piedad sensual ; y hacemos mas agravio á la virtud con las flaquezas é ilusiones que mezclamos en ella , que con los excesos declarados y manifestos. De este modo los impíos se confirman mas en el desorden , y se apartan mas lexos de la conversión con el mal exemplo de nuestra falsa penitencia , que lo que antes se habian apartado con el de nuestros vicios.

Finalmente , el escandalo de lugar : La misma ciudad que habia sido teatro de su confusión y de sus delitos , lo es de su penitencia. No vá á explicar su dolor , y á derramar sus lagrimas á los lugares apartados : No busca á Jesu-Christo , valiendose de las tinieblas de la noche , como Nicodemus , ó en las aldeas pequeñas distantes de la ciudad , para ocultar al público los primeros pasos de su conversión ; entrá en casa del Fariseo , á vista de aquella gran ciudad que habia escandalizado con su mala vida , y no teme tener por testigos de su penitencia á los que lo habian sido de sus delitos : Porque muchas veces en el estado de la virtud tememos las conversaciones del mundo , siendo asi



que las habíamos despreciado quando vivíamos en el desorden; la vista del público que no nos causaba respeto en nuestras culpas, nos le causa en nuestra penitencia: Nuestros vicios se manifestaban sin recelo, y nuestra virtud se oculta y se averguenza: No nos atrevemos á declararnos abiertamente por Jesu-Christo: Nos avergonzamos de parecer distintos de nosotros mismos; y despues de habernos gloriado de la culpa, como de una virtud, nos avergonzamos de la virtud como de un escandalo.

Nuestra feliz pecadora no habia sido tímida en el mal, pero tampoco lo es en el bien; sufre con una santa insensibilidad las reconvenciones del Fariseo, que en presencia de todos los convidados la dá en rostro con la infamia de sus pasadas costumbres; porque el mundo, figurado en este Fariseo, se divierte neciamente en publicar los pasados desordenes de aquellas personas que se hallan movidas de la gracia.

En vez de edificarse con sus actuales virtudes, no cesan de hablar de su mala vida pasada, procuran minorar su mérito, renovando la memoria de sus desordenes; parece que los excesos que lloran, autorizan los que nosotros amamos, y en los que aún vivimos, y que supuesto que estos penitentes se arrepienten sinceramente de haber sido pecadores, nos es mas lícito á nosotros serlo: De este modo, ¡oh Dios mio! todo coopera á nuestra perdicion, y en vez de bendecir las riquezas de vuestras misericordias, quando sacáis del camino de la perdicion á unas almas mundanas y disolutas, y movernos con éstos grandes exemplos á recurrir á vuestra clemencia, que tan dispuesta está á recibir al pecador que se arrepiente, siendo insensibles á su penitencia, solamente pensamos en acordarnos de sus desordenes, como diciendonos á nosotros, que no tenemos que temer aunque permanezcamos en la culpa; que algún dia nos convertiremos, y que habiendo estado aquella alma arrepen-

pentida, mas entregada aún que nosotros á las insensatas pasiones, no debemos desconfiar de salir algún dia de este mal estado como ella. ¡Oh qué estraña ceguedad es en los hombres el hallar motivos para sus excesos, aún en los mismos exemplos de la penitencia! Estas fueron las satisfacciones de nuestra pecadora; pero no solamente es error el figurarse que la mudanza de vida consiste puramente en abandonar las primeras costumbres, sin añadir á esto las expiaciones con que se reparan, sino que tambien lo es, y no menos peligroso, el mirar estas expiaciones como un estado triste, infeliz, y de desesperacion; y así despues de haber hablado de las satisfacciones de su penitencia, es preciso exponeros sus consuelos.

## SEGUNDA PARTE.

VENID á mí, dice Jesu-Christo, los que os hallais cansados en los caminos de la iniquidad, venid á experimentar las dulzuras y consuelos de mi yugo, y en él hallareis la paz y el descanso que vuestras almas, tiranizadas baxo la servidumbre de las pasiones, tanto tiempo há que buscan en vano: *Et invenietis requiem animabus vestris.*

Esta promesa dirigida á todas las almas pecadoras, infelices siempre en el desorden, halla hoy su cumplimiento en la pecadora de nuestro Evangelio. Todo quanto la habia servido de inagotable principio de inquietud en sus excesos, se convierte en un fecundo manantial de consuelos en su penitencia, y es feliz con Jesu-Christo, por los mismos caminos que habian sido el motivo de todas sus desgracias en la culpa.

Sí, Católicos, un amor ilícito habia sido su primer pecado, y la raíz de todas sus desgracias; y el primer consuelo de su penitencia es un amor santo á Jesu-Christo, por la diferencia que hay entre el amor divino y nuevo, y el amor profano que hasta entonces habia ocupado su